

á la misma Matilde que preguntó al Señor de mí cosas grandes se fie bien de mí. Y qué era lo que principalmente era razon se creyese de su inefable bondad, le respondió: Cree con fé cierta que yo te recibiré despues de tu muerte como el padre recibe á su muy querido hijo, y que jamás hubo padre que con tanta fidelidad repartiase su hacienda, como yo comunicaré contigo todos mis bienes y á mí mismo. Cualquiera que firmemente y con caridad humilde creyere esto de mi bondad, será bienaventurado.

CAPITULO XI.

De algunos lugares y ejemplos de la Sagrada Escritura que nos ayudarán para alcanzar esta familiar y filial confianza en Dios.

Cuanto á lo primero, será bien que veamos la grande costumbre que tenian aquellos Padres antiguos de atribuir á Dios todos los sucesos, por cualquiera via ó medio que viniesen. En el capítulo cuarenta y dos del Génesis, cuenta la Sagrada Escritura, que viniendo los hermanos de José con trigo comprado de Egipto, como él hubiese mandado á su mayordomo que en la boca del costal de cada uno pusiese atado el dinero del trigo como ellos lo habian traído, yendo su camino pararon en un meson, y queriendo dar de comer del trigo que traian á sus bestias, el primero de ellos, abriendo su costal, vió luego su bolsilla con el dinero, y dijolo á los otros, y acudiendo cada uno á su costal, hallan allí su dinero. Dice, pues, que dijeron turbados entré sí: "¿Qué será esto que ha hecho Dios con nosotros (1)?" Es mucho de notar que no dicen: «trampa es esta que nos han armado: alguna calumnia hay aquí;» ni dijeron: «el mayordomo por descuido se dejó el dinero de cada uno en su costal;» ni dicen: «quizá nos qui-

(1) Quidnam est hoc quod fecit nobis Deus? Gen. XLII, 28.

so hacer limosna del dinero;» sino atribuyéndolo á Dios, dicen: «¿qué quiere ser esto que ha hecho Dios con nosotros?» confesando que, pues no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios, tampoco aquello sucedia sino por su voluntad. Y cuando habiendo ido Jacob á Egipto, le fué José á visitar con sus hijos, y le preguntó el viejo qué niños eran aquellos, respondió: "Hijos míos son, que Dios me ha dado en esta tierra de Egipto (1)." Lo mismo respondió Jacob cuando se encontró con su hermano Esaú y le preguntó qué niños eran aquellos que traia, respondió: "Hijos son que me dió el Señor (2)." Y ofreciéndole cierto presente, le dijo: "Recibe este presente, y llámale bendicion de Dios, cuyo bendecir es bien hacer; la cual, dice, me hizo Dios á mí, que es el que dá todas las cosas (3)." Tambien cuando David iba muy enojado á destruirla casa de Naval, y Abigail su muger le salió al encuentro con un presente para aplacarle, dijo David: "Bendito sea el Señor Dios de Israel, que te envió hoy para que, topándome, no pasase adelante á derramar la sangre de la casa de Naval (4)." Como quien dice: «No viniste de tuyo, sino Dios te envió para que yo no pecase, á él debo yo esta merced, él sea loado por ello.» Este era language comun de aquellos Santos, y debia tambien ser nuestro.

Pero viniendo mas al punto, es maravillosa para este propósito aquella historia del Santo José (5), que habemos tocado, al cual sus hermanos, de envidia porque no vinie-

(1) Filii mei sunt, quos donavit mihi Deus in hoc loco. Gen. XLVIII, 9.

(2) Parvuli sunt, quos donavit mihi Deus. Gen. XXXIII, 5.

(3) Suscipe benedictionem, quam attuli tibi, et quam donavit mihi Deus tribuens omnia. Gen. XXXIII, 11.

(4) Benedictus Dominus Deus Israel qui misit hodie te in occursum meum ne irem ad sanguinem. I. Reg. XXV, 32.

(5) Gen. XXXVII.

se á mandarles y ser señor de ellos, conforme á lo que habia soñado, le vendieron por esclavo á unos mercaderes de Egipto, y ese mismo medio, que ellos tomaron para deshacerle y que no les viniese á mandar, tomó Dios para cumplir las trazas de su divina providencia y hacer que viniese á ser señor de ellos y de toda la tierra de Egipto. Y así dijo el mismo José á sus hermanos, cuando se les descubrió y ellos quedaron espantados y asombrados del caso: "No querais temer, ni os espanteis por haberme vendido para estas partes, porque para vuestro bien me envió Dios acá, para que tengais que comer, y no perezca y se acabe el pueblo de Israel (1)." Dios, dice, me envió; "que no se hizo eso por vuestro consejo, trazas fueron esas de Dios. ¿Por ventura, podemos resistir á la voluntad de Dios? Vosotros pensásteis por esos medios hacerme mal; pero Dios lo convirtió todo en bien, como al presente veis (2)." ¿Pues quién con esto no se fiará de Dios? ¿Quién temerá las trazas de los hombres y los reverses del mundo, pues vemos que son aciertos de Dios y que los medios que ellos toman para perseguirnos y hacernos mal, esos mismos toma él para nuestro bien y acrecentamiento? "Mi consejo permanecerá y toda voluntad mia se cumplirá," dice él por Isaias (3). Andad por acá y por allá, que al fin se ha de cumplir la voluntad de Dios, y él enderezará esos medios para eso.

(1) Nolite pavere nec vobis durum esse videatur, quod vendidistis me in his regionibus; pro salute enim vestra misit me Deus ante vos in Egiptum, praemisitque me Deus, ut reservemini super terram, et escas ad vivendum habere possitis. Gen. XLV, 5.

(2) Non vestro consilio, sed Dei voluntate huc missus sum. Genes. XLV, 8.—Num Dei possumus resistere voluntati? Vos cogitastis de me malum, sed Deus vertit illud in bonum, ut exaltaret me, sicut in praesentiarum cernitis, et salvos faceret multos populos. Genes. L, 19.

(3) Consilium meum stabit, et omnis voluntas mea fiet. Isaias 10.

San Crisóstomo (1) pondera otra particularidad en esta historia á este propósito; tratando cómo el copero de Faraon, despues que fué restituido en su oficio, se olvidó de su intérprete José por dos años enteros, habiéndole él encargado tanto que se acordase de él y que intercediese por él delante de Faraon (2); ¿pensais, dice el Santo, que fué acaso este olvido? Que no fué acaso sino acuerdo y traza de Dios, que queria aguardar el tiempo oportuno y la coyuntura para sacar de la cárcel á José con mayor gloria y honra; porque si se acordara de él, por ventura, con su autoridad le librara luego de la cárcel á la sorda, como dicen, sin que fuera oido ni visto; y como Dios Nuestro Señor pretendia que no saliese de esa manera, sino con grande honra y autoridad, permitió que el otro se olvidase por dos años para que así se llegase el tiempo de los sueños de Faraon, y entonces á instancia del rey, compelido de la necesidad, saliese con la magestad y gloria que salió para ser señor de toda la tierra de Egipto. Sabe Dios muy bien, dice San Crisóstomo, como sapientísimo artifice, cuánto tiempo ha de estar el oro en el fuego y cuándo se ha de sacar de él.

En el primer Libro de los Reyes tenemos otra historia en que resplandece mucho la providencia de Dios en cosas muy particulares y menudas. Habia Dios dicho al Profeta Samuel que él señalaria quién habia de ser rey de Israel para que le ungiese, y dicele: "Mañana á estas horas te enviaré al que has de ungir por rey (3)," que era Saul; y la manera como se lo envió, fué esta: piérdense las pollinas de su padre, y dicele el padre que las vaya á bus-

(1) Chrysost., homil. 93 super Genesim.

(2) Genes. XL, 23.

(3) Hac ipsa hora quae nunc est, cras mittam virum ad te de terra Benjamin, et unges eum duceam super populum meum Israel. I. Reg. IX, 16.

car. Toma consigo Saul un zagal, y van por esos campos y cerros y no pudieron descubrir ni hallar rastro de ellas, y queria ya Saul volverse, porque le parecia que se tardaban mucho y que tendria su padre pena por ellos. Dícele el mozuero: «No habemos de volver á casa sin ellas. Aquí en este pueblo está un varon de Dios, que era el Profeta Samuel: vamos allá, que él nos dirá de ellas.» Con esta ocasion van á Samuel, y cuando llegaron dícele Dios: «Ese es el que te dije que te enviaria, á ese has de ungir por rey (1).» ¡Oh juicios secretos de Dios! enviábale su padre á buscar las pollinas; empero Dios enviábale á Samuel para que fuese ungido por rey. ¡Cuán diferentes son las trazas de los hombres de las trazas de Dios! ¡Qué lejos estaba Saul y su padre tambien de pensar que iba á ser ungido por rey! ¡Oh cuán lejos estais vos muchas veces, y vuestro padre y vuestro superior, de lo que Dios pretende! De lo que vos menos pensais, de ahí saca Dios lo que él quiere: que no se perdieron las pollinas sin la voluntad de Dios, ni fué acaso enviar su padre por ellas á Saul, ni fué acaso el no poderlas hallar, ni el consejo que dió el mozuero de que fuesen á consultar sobre ellas al Profeta; sino todo eso fué orden y traza de Dios que tomó esos medios para enviar á Saul á Samuel para que le ungiese por rey, como él se lo habia dicho. Pensaba vuestro padre que os enviaba á estudiar á Sevilla ó á Salamanca para que fuésedes gran letrado y viniésedes despues á tener alguna plaza con que viviésedes honradamente, y no fué sino que os envió Dios allá para recibirlos en su casa y haceros religioso. Pensaba San Agustín cuando fué de Roma á Milan, y el prefecto de la ciudad Simaco que le envia-

(1) Ecce vir, quem dixeram tibi, iste dominabitur populo meo. *I. Reg. IX.*

ba, que iba á leer retórica, y no era sino que le enviaba Dios á San Ambrosio para que le convirtiese.

Pongámonos á considerar las vocaciones diversas y los medios tan particulares y tan menudos y al parecer tan remotos, por donde Dios trajo á la Religion al uno y al otro, que cierto pone admiracion; porque parece que si no fuera por no sé qué cosilla ó por no sé qué niñería que sucedió, que no fuéades religioso; y fueron todas estas trazas é invenciones de Dios para traerlos á la Religion. Y nótese esto de camino para algunos que les suelen venir algunas veces tentaciones que su vocacion no debió ser de Dios por haber sido por medio de semejantes cosillas. Engaño es ese del demonio vuestro enemigo, envidioso del estado que teneis, porque costumbre es de Dios servirse de esos medios para el fin que él pretende de su mayor gloria y de vuestro mayor bien y provecho, y tenemos muchos ejemplos de eso en las vidas de los Santos; que no lo hacia Dios por las pollinas (1), sino quiere que por esos medios vengais á reinar como Saul, porque servir á Dios es reinar (2).

Cuando despues el Profeta Samuel fué de parte de Dios á reprender á Saul por aquella desobediencia que habia cometido en no destruir á Amalec, como Dios le habia mandado; despues de haberle reprendido, volviendo las espaldas Samuel para irse, Saul asióle del manto para que no se fuese, sino que le valiese con Dios; y dice el texto (3) que se quedó el pedazo del manto de Samuel á Saul en la mano, rompiéndose. ¿Quién pensára sino que aquel rasgarse y dividirse el manto del Profeta, sucedia acaso, porque tiró de él Saul y debia ser viejo

(1) Numquid de bobus cura est Deo? *I. ad Cor. IX, 9.*  
 (2) Servire Deo regnare est. *I. Reg. XV, 27.*  
 (3) *I. Reg. XV, 27.*

y rasgóse? Y no sucedia sino por particular disposicion de Dios, para dar á entender que aquello significaba que Saul era apartado y privado del reino por su pecado. Y asi, viendo Samuel este hecho, dijo á Saul: «Por esta division de mi manto, entiende que el Señor apartó y dividió el reino de Israel de tí, y le entregó á tu prójimo que es mejor que tú (1).»

En el mismo libro primero de los Reyes se cuenta que tenia una vez Saul cercado á David y á los suyos (2), de tal manera que ya David desconfiaba de poderse escapar de aquella. Estando en este aprieto, viénele un correo á Saul muy de prisa, que los filisteos se habian entrado la tierra á dentro y lo robaban y destruian todo. Hubo de alzar el cerco Saul y acudir á la mayor necesidad, y asi se escapó David. Que no fué acaso el acometimiento y entrada de los filisteos, sino traza de Dios para librar por aquel medio á David.

Otra vez los sátrapas de los filisteos echaron á David de su ejército, é hicieron que el rey Aquis le mandase volver á su casa, aunque le llevaba él de muy buena gana consigo é iba muy confiado en él (3). Parece que fué acaso aquel consejo de los sátrapas, y no fué acaso, ni por el fin que ellos pensaban, sino fué particular providencia de Dios; porque volviéndose David halló que los amalecitas habian puesto fuego á Siceleg su pueblo, y que habian llevado cautivas todas las mugeres y niños (4), y á sus mismas mugeres de David, y vá tras ellos, y destrúyelos, y cobra toda la presa y cautivos sin faltar ninguno, lo cual no hiciera si los sátrapas no le hubieran echado de su ejército, y para eso ordenó

(1) Scidit Dominus regnum Israel a te hodie et tradidit illud proximo tuo meliori te. *I. Reg. XV.*  
 (2) In modum coronae. *I. Reg. XXIII, 29.*  
 (3) Sed satrapis non places. *I. Reg. XXIX, 6 et 30.*  
 (4) A minimo usque ad magnum. *Ib.*

Dios aquel consejo aunque ellos le ordenaban á otra cosa.

En la historia de Estér resplandece tambien mucho esta providencia particular de Dios en cosas muy menudas y particulares. ¡Qué medios tan estraños tomó Dios para librar el pueblo de los judíos de la sentencia del rey Asuero! ¡Por qué medios escogió por reina á Estér, desechando á Vasti, y que fuese del pueblo de los judíos para que intercediese despues por ellos! Acaso parece que fué el entender Mardoqueo la traicion que los otros armaban al rey Asuero y el venírsela á descubrir, y que el rey estuviese desvelado aquella noche y no pudiese dormir, y que hiciese que le trajesen las Crónicas de sus tiempos para entretenerse, y que le acertasen á leer aquel hecho de Mardoqueo; y no sucedia nada de eso acaso, sino por alto consejo de Dios y por especial providencia suya, que queria por esos medios librar á su pueblo; y asi se lo envió á decir Mardoqueo á Estér, que no se atrevia á entrar á hablar al rey y se escusaba por no ser llamada. «¿Quién sabe, la dijo, si fué esa la causa de haberte hecho reina para que pudieses ayudar en esta ocasion (1)?»

Llena está la Sagrada Escritura y las Historias Eclesiásticas de semejantes ejemplos, para que aprendamos á atribuir todos los sucesos á Dios y á tomarlos como venidos de su mano para nuestro mayor bien y provecho. En el libro de las Recogniciones de San Clemente se cuenta una cosa notable á este propósito: Siendo Simon Mago perseguidor de San Pedro, San Bernabé habia convertido en Roma á San Clemente, el cual fué á San Pedro, cuéntale su conversion, pídele que le instruya en las cosas de la fé, y dícele San Pedro: «á buena co-

(1) Quis novit utrum idcirco ad Regnum veneris, ut in tali tempore parareris?

yuntura has llegado, porque para mañana está aplazada una disputa pública entre mí y Simón Mago; allí nos verás, y oirás lo que pides. Estando en esto, entran dos discípulos y dicen á San Pedro cómo Simón Mago los enviaba, que se le habia ofrecido un negocio, que se dilatase la disputa para de ahí en tres dias: dijo San Pedro que fuese así. En saliendo entristeciése San Clemente mucho, y como le vió San Pedro triste, preguntóle: «¿Qué has, hijo, que te veo triste?» Respondió San Clemente: «Hágoos saber, Padre, que me entristeci mucho por ver que se diferia la disputa que yo quisiera que fuera mañana.» Es cosa muy de notar, en una cosa de tan poco peso toma San Pedro la mano, y hace un sermón grande: «Mira, hijo, entre los gentiles, cuando no se hacen las cosas como ellos quieren, levántase gran turbación; pero nosotros que sabemos que Dios lo guía y gobierna todo, habemos de tener gran consolación y paz. Sabed, hijo, que ha sido por vuestro mayor bien esto que ha sucedido; porque si ahora fuera la disputa, no la entenderíades tan bien, y despues la entenderéis mejor, porque de aquí allá os instruiré yo y gustareis y os aprovecharéis mucho de ella.»

Quiero concluir con un ejemplo nuestro, que tenemos en la vida de nuestro bienaventurado P. San Ignacio (1), en que resplandece tambien mucho esto mismo, que es, en la ida del P. San Francisco Javier á las Indias Orientales. Cosa es digna de consideración los medios por donde vino á ir este santo varón á las Indias. Nombró nuestro P. San Ignacio para esta misión á los PP. Simón Rodriguez y Nicolás de Bobadilla: el P. Simón estaba entonces cuartanario, y con todo eso se embarcó luego para

(1) Lib. 2, cap. 26, *vite P. N. S. Ignatii*. Et in *vita S. P. Franc. Xav.*

Portugal. Escribióse al P. Bobadilla que viniese de Calabria á Roma. Vino, mas tan debilitado de la pobreza y trabajos del camino, y tan enfermo y maltratado de una piedra cuando llegó á Roma, que estando al mismo tiempo el embajador don Pedro Mascareñas á punto para volverse á Portugal, fué necesario, por no poder aguardar que sanase Bobadilla, ni quererle partir sin el otro Padre que habia de ir á la India, que en lugar del maestro Bobadilla, fuese sustituido el P. maestro Francisco Javier, con felicísima suerte: el cual se partió luego con el embajador á Portugal. Que no habia sido el nombrado el P. Francisco Javier, sino el P. Bobadilla, y por ser de priesa la partida parece que acaso le sustituyeron en su lugar, y no fué acaso, sino por alto consejo de Dios que habia determinado de hacerle Apóstol de aquellas partes. Y mas, despues que vinieron á Portugal, viendo el grande fruto que hacian allí, los quisieron detener, y últimamente se resolvieron en que se quedase allí el uno de ellos y que el otro pasase á las Indias. Veis aquí vuelto á poner el negocio en contingencia; pero acerca de Dios no hay contingencia, al fin hubo de ser el P. Francisco Javier el que pasó á las Indias, porque esa era la voluntad de Dios, y así lo habia él determinado, por convenir así para el bien de aquellas almas y mayor gloria suya. Tracen los hombres lo que quisieren, y llévenlo por la via que mandaren, que eso tomará Dios por medio para cumplir sus trazas y hacer lo que mas os conviene á vos y á su mayor gloria.

Con estos y otros semejantes ejemplos, así de la Sagrada Escritura como de lo que cada dia vemos y experimentamos así en otros como en nosotros mismos, habemos de ir asentando é imprimiendo en nuestro corazón esta confianza, mediante la oración y consideración, y no habemos de parar en este ejercicio hasta que sintamos en nues-

tro corazón una muy familiar y filial confianza en Dios. Y tened por cierto, que mientras con mayor confianza os arrojaréis en Dios, mas seguro estareis; y por el contrario, hasta que llegéis á tener esta confianza filial, nunca tendreis verdadera paz y reposo de corazón, porque sin ella todas las cosas os turbarán y desmayarán. Pues acabemos de arrojaros y ponernos del todo en las manos de Dios y fiarnos de él, como nos lo aconseja el Apóstol San Pedro, «poniendo toda vuestra solicitud en él; porque él tiene cuidado de vosotros (1),» y el Profeta: «pon tu cuidado en él, que él te alimentará (2).» «Vos, Señor, me amastes tanto á mí, que os entregastes todo por mí en manos de crueles sayones para que hiciesen en vos lo que quisiesen (3); ¿qué mucho que yo me ponga y entregue en manos, no crueles, sino tan piadosas como las vuestras, para que hagais de mí lo que quisieredes, que estoy cierto que no será sino lo mejor y lo que mas me conviene á mí?» Aceptemos aquel partido y concierto que hizo Cristo nuestro Señor con Santa Catalina de Sena. Hacía el Señor muchos regalos y favores á esta Santa, y entre ellos fué uno muy particular que, apareciéndole un dia, le dijo: «Hija, olvidate tú de tí, por acordarte de mí, y yo pensaré siempre en tí y tendré cuidado de tí (4).» ¡Oh qué buen concierto este y qué buen trueque! ¡Qué ganancia tan grande sería esta para nuestras almas! pues á este partido sale el Señor con cada uno; olvidaos de vos y dejad vuestras trazas, y cuánto mas os olvidáredes de vos, por acordaros y fiaros de Dios,

(1) *Omnem sollicitudinem vestram projicientes in eum, quoniam ipsi cura est de vobis. I. Petri, V, 7.*

(2) *Jacta super Dominum curam tuam, et ipse te enutriet. Ps. LIV, 23.*

(3) *Jesum vero tradidit voluntati eorum. Luc. XXIII, 25.*

(4) *Filia, cogita tu de me, et ego cogitabo continenter de te.*

tanto mas cuidará Dios de vos. ¿Pues quién no aceptará este partido tan aventajado y tan regalado que es el que la Esposa dice que habia hecho con su Esposo? «Yo para mi amado, y el cuidado de mi amado para mí (1);» y en otra parte: «Mi amado para mí, y yo para él (2).»



CAPITULO XII.

De cuánto provecho y perfección sea aplicar la oración á este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios, y cómo habemos de ir descendiendo á cosas particulares, hasta llegar al tercer grado de conformidad.

Juan Rusbroquio, varón doctísimo y muy espiritual, refiere (3) de una santa virgen, que dando ella cuenta de su oración á su confesor y padre espiritual, que debia ser gran siervo de Dios y de mucha oración, y queriendo ser enseñada de él, le dijo que su ejercicio en la oración era en la vida y Pasión de Cristo nuestro Redentor, y que lo que sacaba de allí era conocimiento de sí y de sus vicios y pasiones, y dolor y compasión de los dolores y trabajos de Cristo. Dijole el confesor, que bueno era aquello; pero que sin mucha virtud podia uno sacar compasión y ternura de la Pasión de Cristo, como acá por solo el amor y afecto natural que uno tiene á su amigo, puede sacar compasión de sus trabajos. Preguntóle la virgen: «¿y llorar una persona sus pecados cada dia, será verdadera devoción?» Respondióle: «Bueno es eso; pero no es lo mas aventajado: porque lo malo naturalmente da pesadumbre.» Tornó ella á preguntar: «¿Sería verdadera devoción pensar en las penas del infierno y en la gloria de los bienaventurados?» Respondióle: «Tampoco es eso lo mas subido, porque la naturaleza

(1) *Ego dilecto meo, et ad me conversio ejus. Cant. VII, 10.*

(2) *Dilectus meus mihi, et ego illi. Cant. II, 16.*

(3) *Rusbroc. in fine operum suorum.*

misma naturalmente aborrece y rehusa lo que le dá pena, y ama y busca lo que le puede ser de contento y gloria: como si le pintasen una ciudad llena de placeres y contentos la desearia. La santa virgen fue se con esto muy desconsolada y llorosa, por no saber á qué aplicaria su ejercicio de oracion que mas agradase á Dios. Y de allí á poco aparecióle un niño muy hermoso, al cual diciéndole ella su desconsuelo y que nadie parecia que la podia consolar, respondió el niño que no dijese aquello, que él podia y queria consolarla. «Vé, dice, á tu padre espiritual, y dile que la verdadera devocion consiste en la abnegacion y menosprecio propio y resignacion entera en las manos de Dios, asi en lo adverso como en lo próspero, uniéndose firmemente con Dios por amor y conformando enteramente su voluntad con la voluntad de Dios en todas las cosas.» Ella muy alegre fué y dijo esto á su padre espiritual, el cual respondió: «Ahí está el punto, y á eso se ha de aplicar la oracion; porque en eso consiste la verdadera caridad y amor de Dios, y consiguientemente nuestro aprovechamiento y perfeccion.» De otra santa se dice que fué enseñada de Dios que en la oracion del *Pater noster* insistiese mucho en aquella palabra: «Hágase, Señor, tu voluntad, asi en la tierra como se hace en el cielo.» Y de la santa virgen Gertrudis se cuenta (1) que, inspirada de Dios, dijo una vez trescientas y sesenta y cinco veces aquellas palabras de Cristo: «no se haga, Señor, mi voluntad, sino la tuya (2);» y entendió que habia agradado aquello mucho á Dios. Pues imitemos nosotros estos ejemplos y apliquemos á esto nuestra oracion é insistamos mucho en este ejercicio.

Para que podamos hacer esto mejor y

(1) Refert Blosius, cap. 11. *Monilis spiritualis*.  
(2) Luc. XXII, 42.

con mas provecho, es menester advertir y presuponer dos cosas. La primera, que la necesidad de este ejercicio es principalmente para el tiempo de las adversidades, y para cuando se nos ofrecen cosas dificultosas y contrarias á nuestra carne; porque para esas ocasiones es menester la virtud, y entonces se echa mas de ver el amor que cada uno tiene á Dios. Asi como en el tiempo de paz muestra el rey lo que quiere á sus soldados en las mercedes que les hace, y ellos en el de guerra lo que le aman y estiman peleando y muriendo por él, asi en el tiempo de consuelo y favor el Rey del cielo nos dá á entender lo que nos quiere, y nosotros en el de la tribulacion lo que le queremos, mucho mas que en el de la prosperidad y consuelo. Dice muy bien el P. maestro Avila (1) que el dar gracias á Dios en el tiempo de las consolaciones, es de todos; pero el dárselas en el tiempo de las tribulaciones y adversidades es propio de los buenos y perfectos. Y asi, es esa una música muy dulce y suave á los oidos de Dios. Mas vale, dice, en las adversidades un gracias á Dios, un bendito sea Dios, que seis mil gracias y bendiciones en prosperidades. Y asi compara la Escritura Divina los justos al carbunclo engastado en oro (2); porque esta piedra preciosa dá mas claridad y resplandor de noche que de dia. Asi el justo y verdadero siervo de Dios mas luce y resplandece y mas muestras da de sí en las tribulaciones y trabajos que en la prosperidad. Esto es de lo que la Sagrada Escritura (3) alaba tanto al santo Tobías, porque habiendo el Señor permitido que despues de otros muchos trabajos perdiese tambien la vista de los ojos, no se entristeció por eso con-

(1) M. Avila, t. 2. *Epist. fol.* 20.  
(2) Gemula carbunculi in ornamento auri. *Ecles.* XXXI, 7.  
(3) Tobiae, II, 44.

tra Dios ni perdió un punto de la fidelidad y obediencia que antes tenia, sino permaneció inmóvil y entero, haciendo gracias á Dios todos los dias de su vida igualmente por la ceguedad como por la vista, como hizo tambien el santo Job en sus trabajos (1).

Esto, dice San Agustin, es lo que habemos de procurar imitar nosotros; que seais el mismo y permanezcais tan alegre y entero en el tiempo de las adversidades como en las prosperidades. Como la mano se es la misma, cuando está apretada y teneis cerrado el puño, que cuando la abris y teneis estendida; asi el siervo de Dios en lo interior de su alma se ha de quedar el mismo, aunque en lo exterior y por de fuera parezca que está apretado y dolorido (2). Aun allá se dice de Sócrates que siempre estaba en un ser en todos los casos que le acontecian, por adversos y diversos que fuesen, y que nunca nadie le vió por eso ni mas triste ni mas alegre; siempre igual en tanta desigualdad de fortuna, hasta el postrer aliento de su vida (3). No será mucho que nosotros, cristianos y religiosos, procuremos llegar en esto á lo que llegó un gentil.

Lo segundo, es menester advertir que no basta que tengamos en general esta conformidad con la voluntad de Dios, porque eso, asi en general, es fácil. ¿Quién habrá que no diga que quiere se cumpla la voluntad de Dios en todas las cosas? Malos y buenos, todos dicen cada dia en la oracion del *Pater noster*: «Hágase, Señor, vuestra voluntad, asi en la tierra como se hace en

(1) Job. I, 21.  
(2) Ut in cunctis idem sis, tam in prosperis quam in adversis.—Sicut manus, quae eadem est, et cum in palmum extenditur, et cum in pugnum constringitur. *Aug. ad fratres in erem. serm. 4.*  
(3) Nec hilariorem quisquam, nec tristiore Socratem vidit; aequalis fuit in tanta inaequalitate fortunae, usque ad extremum vitae. *Refert Cic. lib. 13, Tusculanarum quaest.*

el cielo.» Mas es menester que eso; es menester desmenuzarlo, descendiendo en particular á aquellas cosas que parece que nos podrian dar alguna pena si se nos ofreciesen. Y no habemos de parar hasta vencer y allanar todas esas dificultades, que no quede, como dicen, lanza enhiesta; finalmente, hasta que no haya cosa que se nos ponga delante para unirnos y conformarnos en todo con la voluntad de Dios, sino que hagamos rostro á cualquiera cosa que se nos pueda ofrecer.

Y aun no nos habemos de contentar con eso, sino procurar pasar adelante y no parar hasta que hallemos un entrañable gusto y regocijo en que se cumpla en nosotros la voluntad de Dios, aunque sea con trabajos, dolores y menosprecios, que es el tercer grado de conformidad: porque en esto hay tambien diversos grados, uno mas alto y mas perfecto que otro, los cuales se pueden reducir á tres principales, al modo que dicen los Santos de la virtud de la paciencia. El primero es, cuando las cosas de pena, que suceden, el hombre no las desea ni las ama, antes las huye; pero quiere sufrirlas antes que hacer cosa alguna de pecado por huirlas. Este es el grado mas infimo y de precepto; de manera, que aunque un hombre sienta pena, dolor y tristeza con los males que suceden, y aunque gima cuando está enfermo y dé gritos con la vehemencia de los dolores, y aunque llore por la muerte de los parientes, puede con todo eso tener esta conformidad con la voluntad de Dios. El segundo grado es, cuando el hombre, aunque no desee los males que le suceden ni los elija; pero despues de venidos los acepta y sufre de buena gana, por ser aquella la voluntad y beneplácito de Dios. De manera, que añade este grado al primero tener alguna buena voluntad y algun amor á la pena por Dios, y el quererla sufrir, no solamente mientras está obligado de

precepto á sufrirla, sino tambien mientras el sufrirla fuere mas agradable á Dios. El primer grado lleva las cosas con paciencia; este segundo añade el llevarlas con prontitud y facilidad. El tercero es, cuando el siervo de Dios, por el grande amor que tiene al Señor, no solamente sufre y acepta de buena gana las penas y trabajos que le envia, sino los desea y se alegra mucho con ellos, por ser aquella la voluntad de Dios, como dice San Lucas de los Apóstoles: "Despues de haberlos azotado con infamia pública, iban muy gozosos y regocijados, porque habian sido dignos de padecer afrentas por Cristo (1)." Y el Apóstol San Pablo decia que estaba lleno de consuelo, y dice que rebotaba en gozo y alegría en medio de las cadenas, tribulaciones y adversidades (2). Y esto es de lo que él mismo, escribiendo á los hebreos, los alaba diciendo: "Y el robo de vuestros bienes lo padecisteis con gozo sabiendo que os quedaba mejor y mas duradera riqueza (3)." Pues aqui habemos de procurar llegar nosotros con la gracia del Señor, que llevemos con gozo y alegría todas las tribulaciones y adversidades que nos vinieren, como nos lo dice el Apóstol Santiago en su Cánónica con estas palabras: "Tened gran gozo cuando os su cedieren varias tribulaciones (4)." Háenos de ser cosa tan preciada y dulce la voluntad y contentamiento de Dios, que con esta salsa endulcemos todo lo amargo que nos viniere. Todos los trabajos y sabores del mundo se nos han de hacer dulces y sabrosos por ser esa la voluntad y con-

(1) Ibant gaudentes a conspectu concilii, quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati. Act. V, 43.  
 (2) Repletus sum consolatione, superabundo gaudio in omni tribulatione nostra. II. ad Cor. VII, 4.  
 (3) Et rapinam honorum vestrorum cum gaudio suscepistis, cognoscentes vos habere meliorem, et manentem substantiam. Ad Hebr. X, 34.  
 (4) Omne gaudium existimate, fratres mei, cum in tentationes varias incideritis. Jac. 1, 2.

tento de Dios, y esto es lo que dice San Gregorio: «Cuando el alma con toda su intencion mira á Dios, todo lo que hay amargo en esta vida lo juzga dulce; todo lo que la aflige, tiénelo por descanso, y desea morir por gozar mas plenamente de la vida (1).»

Santa Catalina de Sena, en un diálogo que escribió de la consumada perfeccion del cristiano, dice que entre otras cosas que su dulcísimo esposo Cristo nuestro Señor le habia enseñado, fué que hiciese uno como aposento de una fuerte bóveda, que era la divina voluntad, y se encerrase y morase perpétuamente en él, y no sacase de él jamás ni ojo, ni pié, ni mano, sino que siempre estuviese recogida en él, como la abeja cuando está en su corcho, y como la perla en su concha. Porque, aunque al principio, por ventura, le parecería aquel aposento estrecho y angosto, despues hallaria en él grandes anchuras, y sin salir de él pasaria por las moradas eternas y alcanzaria en poco tiempo lo que fuera de él no se puede alcanzar en mucho. Pues hagámoslo nosotros asi, y sea este nuestro continuo ejercicio: «Mi amado para mí, y yo para él (2).» En solas estas dos palabras hay ejercicio para toda la vida, y asi las habemos de traer siempre en la boca y en el corazon.



CAPITULO XIII.

De la indiferencia y conformidad con la voluntad de Dios, que ha de tener el religioso, para ir y estar en cualquiera parte del mundo donde la obediencia le enviare.

Para que nos podamos aprovechar mejor de este ejercicio de la conformidad con

(1) Si mens in Deum forti intentione dirigatur, quidquid sibi in hac vita amarum sit, dulce astimat; omne quod affligit, requiem putat; transire, et per mortem appetit, ut obtinere plenius vitam possit. Greg. lib. 7 Mor. c. 7.  
 (2) Dilectus meus mihi, et ego illi. Cant. II, 16.

la voluntad de Dios y poner en práctica lo que habemos dicho, iremos especificando algunas cosas principales en que nos habemos de ejercitar. Despues descenderemos á otras cosas generales que pertenecen á todos; ahora comenzaremos por algunas particulares que tenemos en nuestras constituciones, pues en ellas principalmente es razon que muestre el religioso su virtud y religion; y cada uno podrá aplicar la doctrina á otras cosas semejantes que haya en su religion ó estado.

En la sétima parte de las constituciones (1), tratando nuestro Padre de las misiones, que es una de las principales empresas de nuestro Instituto, dice que los de la Compañía han de estar indiferentes para ir y residir en cualquiera parte del mundo donde la obediencia los enviare, ahora sea entre fieles ó infieles, á las Indias, ó entre herejes (2). Y de esto hacen los profesos el cuarto voto solemne de especial obediencia al Sumo Pontífice, que irán pronta y liberalmente, sin excusa alguna, á cualquier parte del mundo donde Su Santidad los enviare, sin pedir cosa alguna temporal, ni por sí, ni por otra persona, ni para el camino, ni para estar allá, sino que irán á pie ó á caballo, con dineros ó sin ellos, pidiendo limosna, como á Su Santidad mejor le pareciere. Y dice allí nuestro Padre (3), que el fin é intencion de hacer este voto fué para acertar mejor con la voluntad de Dios; porque como aquellos padres primeros de la Compañía fuesen de diversas provincias y reinos, y no supiesen en qué partes del mundo agradarian mas á Dios, si entre fieles ó infieles, por acertar con la voluntad de Dios, hicieron aquel voto al vicario de Cristo, para que él los distribuyese por ese

(1) 7.<sup>a</sup> p. const. c. 1, §. 1.  
 (2) Cap. 1, exam. § 5; et 5.<sup>a</sup> p. const. c. 3, § 3 et c. et p. 6, c. 2, §. 13; et I. et p. 7, c. 1, §. 3, et E.  
 (3) 7.<sup>a</sup> p. const. c. 1, §. 1, et B.

mundo donde juzgáse ser mayor gloria divina. Pero el de la Compañía, dice, en ninguna manera se ha de entremeter, ni procurar estar, ni ir á un lugar mas que á otro, sino ha de estar muy indiferente, dejando la disposicion de sí libre y enteramente en manos del superior que en lugar de Dios le gobierna para mayor servicio y gloria suya.

Para que se vea cuán indiferentes y preparados quiere nuestro Padre que estemos para ir á cualquiera parte del mundo que la obediencia nos enviare, leemos en su vida (1), que una vez el P. Diego Lainez le dijo que le venia deseo de ir á las Indias á procurar la salud de aquella ciega gentilidad, que padecia por falta de obreros evangélicos. Respondióle nuestro Padre: «Yo no deseo nada de eso.» Preguntado la causa, dijo: «Porque habiendo nosotros hecho voto de obediencia al Sumo Pontífice para que á su voluntad nos envíe á cualquier parte del mundo en servicio del Señor, habemos de estar indiferentes; de manera, que no nos inclinemos mas á una parte que á otra; antes, dice, si yo me viesse inclinar como vos á ir á las Indias, procuraria inclinarme á la parte contraria, para tener aquella igualdad é indiferencia que para alcanzar la perfeccion de la obediencia es necesaria.»

No queremos por esto decir que sean malos ó imperfectos los deseos de ir á Indias, que no son sino muy buenos y santos, y tambien es bueno el proponerlos y representarlos al superior cuando nuestro Señor los dá. Y asi lo dice allí nuestro Padre: «Huélguense los superiores que los súbditos les representen estos deseos, porque suelen ser señal que Dios les llama para aquello, y asi se hacen las cosas con suavidad (2).» Sino decimos esto para que se

(1) Lib. 5, cap. 4 vitae S. P. N. Ignatii.  
 (2) 7.<sup>a</sup> p. const. cap. 2, lit. L.